

Primer aniversario

Corte Penal Internacional Entrada en vigor del Estatuto de Roma

**Apartes del mensaje enviado por:
Baltasar Garzón Real***

* Magistrado - Juez
Audiencia Nacional Española

El 17 de Julio de 1998, se aprobó el Estatuto de la Corte Penal Internacional (CPI) órgano judicial que ahora cumple ya un año de existencia.

La CPI, constituye el primer intento en tiempos de paz para dar respuesta en forma permanente a los fenómenos más degenerativos de los tiempos de guerra o de paz, plasmados en las figuras delictivas más graves que pueda sufrir la comunidad internacional. Es sin duda, una iniciativa de paz que persigue la desaparición de “los espacios sin Derecho”. Caracterizados por la marginación de los tribunales de justicia en cuestiones de terrorismo (algunos actos de las organizaciones terroristas -artículo 7 del Estatuto de la Corte Penal Internacional- podrán y deberán ser juzgados por esta instancia judicial), de genocidio, crímenes de guerra o de lesa humanidad, y que tanto auge están tomando en los últimos tiempos.

En efecto, la seguridad de la sanción impuesta por un tribunal independiente, sin mediatizaciones políticas, que dicte sus sentencias bajo los principios de legalidad e independencia, constituye la mejor garantía de que las normas van a cumplirse y por ende, su efecto disuasorio resulta claro y destacable.

Sin embargo la CPI, ni va a hacer desaparecer las violaciones masivas de derechos humanos ni sus investigaciones van a poner fin a los excesos de los Estados a través de sus gobernantes, ni todos los casos van a ser sometidos a su jurisdicción. No lo estarán, entre otros, los cometidos en el territorio de un país que no haya ratificado el Estatuto y los que sean asumidos por las jurisdicciones nacionales (principio de complementariedad); de ahí, la importancia de que las leyes estatales incluyan el principio de justicia universal, para hacer efectivos el principio “aut dedere aut iudicare” (persigues o juzgas), y garantizar la erradicación de la impunidad.

El preámbulo de este Estatuto dice textualmente “...Teniendo presente que en este siglo millones de niños, mujeres y hombres han sido víctimas de atrocidades que desafían la imaginación y conmueven profundamente la conciencia de la humanidad... Decididos a poner fin a la impunidad de los autores de estos crímenes y a contribuir así a la prevención de nuevos crímenes, destacando que la Corte Penal Internacional será complementaria a las jurisdicciones penales nacionales”, se establece esa Corte Penal Internacional, para la persecución de los delitos de genocidio, crímenes de lesa humanidad y delitos de guerra, o de los denominados de declaración de guerra.

En la sesión de apertura del Juicio de Nuremberg, el 20.11.45, el Fiscal Jefe de los Estados Unidos ante el Tribunal Militar Internacional Robert Jackson, al pronunciar la requisitoria en nombre del equipo de Fiscales designados por las cuatro potencias vencedoras pronunció unas palabras memorables:

“Desgraciadamente, la naturaleza de estos crímenes es tal que tanto la acusación como el enjuiciamiento debe hacerse por naciones victoriosas sobre enemigos y vencidos. Pero no debemos olvidar que el resero conforme al cual juzgamos a estos acusados es el rasero conforme al cual la historia nos juzgará mañana a nosotros. Ofrecer a estos reos un cáliz envenenado equivaldría a ponerlo también en nuestros labios”.

La enseñanza de esta afirmación es que una justicia penal internacional, para que sea tal, ha de ser una justicia de todos e igual para todos.

Estoy seguro que la CPI se convertirá en un tribunal ágil, con mecanismos eficaces y dinámicos en su Fiscalía, que conjuguen los principios de legalidad, eficacia y justicia rápida con el fin de que la respuesta a las víctimas no se produzca fuera de un límite aceptable, y, que realmente acabe con la impunidad. Antes o después, países como Estados Unidos comprenderán que la mejor opción de paz es la CPI y se integrarán en su estructura.

Para los que creemos en la justicia penal internacional, la creación y funcionamiento de la CPI es el triunfo de la justicia y de la paz. En nuestras manos está exigir que esta gran iniciativa de la humanidad no se convierta en la historia de una ilusión desvanecida. Es tiempo de esperanza, y, como decía el poeta español Antonio Machado: “Hoy es siempre todavía”.